

Diego Carcedo

SOBREVIVIR

AL MIEDO



PENÍNSULA HUELLAS

Sobrevivir al miedo

Diego Carcedo

ediciones península

© Diego Carcedo, 2019

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2019

Fotografía de la página 186: © Vicente Romero

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

DAVID PABLO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B-27.567-2018
ISBN: 978-84-9942-769-0

ÍNDICE

Introducción	11
1969	
La muerte al acecho en la Panamericana	15
Susto en Tegucigalpa	35
1970	
«Señor, tenga a mi niño. Lléveselo»	47
1974	
Buscando la fe que cura	57
Noche de insomnio en Kampala	71
Misa de gallo en Kabalega	95
«Dígale al rey Franco»	105
Visitadoras entre la arena	119
«¡Reza y calla, coño!»	131
1975	
Pesadilla en Fiumicino	145
Al calabozo en helicóptero	155
Escalofrío en Nom Pen	169
El principio del final	175
El día más largo	183

1979		
	«¡Manda a la negra a tomar por el culo!»	205
1981		
	23F en la distancia	215
	El etarra sin piernas	227
1983		
	Asesinato en la Internacional Socialista	241
2014		
	«¿Va a hacer testamento?»	255
Agradecimientos		267

LA MUERTE AL ACECHO EN LA PANAMERICANA

Ya no sabía qué hacer para encontrar la forma de llegar cuanto antes a Tegucigalpa. Había aterrizado en Managua desde un Santiago de Chile cubierto por la nieve después de veintitantas horas de vuelo, con cambios de avión en Antofagasta, Lima y Panamá, y lo primero que me encontré allí fue que la frontera entre Nicaragua y Honduras, en guerra con El Salvador, estaba cerrada. El presidente de Nicaragua, Anastasio Somoza, que bastantes problemas tenía ya en su propia casa con toda su gente harta de su despotismo y corrupción, no quería implicarse en la llamada guerra del Fútbol —que tuvo lugar entre el 14 y 18 de julio de 1969— en que tan infantilmente se habían enzarzado sus vecinos.

Los taxistas que hacían cola en el Aeropuerto Internacional de Managua —hoy, Augusto C. Sandino— se peleaban por atraerse a un pasajero al que llevar fuera de la ciudad, pero, cuando les explicaba que mi destino era Tegucigalpa, a unos cuatrocientos kilómetros, enseguida se echaban para atrás. Además de estar prohibido cruzar la frontera entre ambos países, les asustaba acercarse a la guerra. Las noticias que llegaban de Honduras eran muy dramáticas. En circunstancias normales, el viaje hubiera costado unos veinticinco dóla-

res al cambio, pero ni siquiera ofreciendo cuarenta aceptó ninguno.

Probé a alquilar un coche sin conductor: cuando ya tenía cerrado el contrato, se percataron de que lo quería para viajar a Tegucigalpa y me quitaron abruptamente las llaves de las manos. Estaba agotado, y el contraste entre los cuatro grados bajo cero que había dejado atrás y los cerca de cuarenta que me habían dado la bienvenida acabó por hundirme. En el hotel Granada de Managua, un recepcionista amable trató de ayudarme sin éxito a conseguir transporte.

Hasta un conocido suyo que tenía un taxi pirata rechazó intentarlo. Me acerqué a la Embajada de Honduras, donde encontré al personal consternado ante las noticias de los avances de las tropas guanacas (modo en que los hondureños denominaban a los salvadoreños, al tiempo que en El Salvador llamaban «catrachas» a los de Honduras). Estaban indignados por la actitud del presidente Somoza, cuyas drásticas medidas—haber cerrado unilateralmente y sin avisar la frontera—estaban causando muchos trastornos tanto en los ciudadanos como en la actividad económica de la zona.

—Hay muchas personas en su situación, esperando a que abran la frontera. Esta mañana pasó por aquí un hombre de negocios que no sabe nada de su familia en San Pedro Sula. El intercambio de mercancías está paralizado. Muchos camiones han tenido que regresar con la carga.

Caminando abrumado de nuevo hacia el hotel, empecé a darle vueltas a la posibilidad de contratar a algún pasador furtivo y cruzar a pie. Sería cuestión de acercarme a la frontera y encontrar a alguien dispuesto y que conociese los pasos por la selva. Era arriesgado, pero no tenía otra alternativa. Absorbido en estas lucubraciones, se me aproximó por detrás un hombre alto y desgarbado que me tocó en el hombro y me preguntó:

—¿Es usted el español que busca movilidad para ir a Tegucigalpa?

—Sí —respondí.

—Yo lo puedo llevar. Cincuenta dólares.

Aunque era mucho dinero, aquel no era momento para discutir. Y él no esperó siquiera a que le respondiese: extendió la mano y señaló un Chevrolet azul enorme y con aspecto desvenecijado que se hallaba aparcado a pocos metros. Dudé por unos instantes si aquel trasto aguantaría, pero era lo que había, así que acepté sin rechistar. Recogí el equipaje —una maleta con ropa de invierno, una máquina de escribir bastante pesada y un grueso abrigo que había comprado en Helsinki— y el hombre, diligente, me ayudó a colocarlo en el portaequipajes. Nada más sentarnos y ponerse en marcha el motor, me espetó:

—Pasaremos primero por la bomba. Tendrá que adelantarme unos córdobas para poner nafta —se refería a la gasolina—. Con la guerra no hay trabajo, y tengo el depósito vacío.

—Imagino que este coche gastará una barbaridad —comenté—. Ya debe de tener años...

—Siete, pero está bien. Le refiné el motor hace unos meses...

En ese momento, el motor empezó a hacer ruidos extraños, y el coche, a dar saltos.

—Ya le decía. Se paró. Quédese sentado, que la bomba está cerca: serán solo unos minutos y enseguida vuelvo con nafta. Déjeme algo de dinero. Con la guerra, está más cara.

No había cambiado mis dólares todavía. Le entregué un billete de diez, el más pequeño que llevaba, que al cambio legal equivalía a setenta córdobas. Tardó cerca de media hora en regresar. Al estar parado el motor, no funcionaba el aire acondicionado, y yo estaba a punto de asarme. Mi conductor traía una lata de aceite en una mano y otra de gasolina en la otra. La trasvasó al depósito con la mayor parsimonia.

—Ya está. Ahora llenaremos la bomba —comentó.

Todo lo hacía con desesperante lentitud. Pasaban unos minutos de las dos de la tarde. Yo había hecho cálculos y confiaba en llegar a Tegucigalpa sobre las siete o las ocho. Quizás aún podría hacer algo.

—Ahora tenemos que pasar un momento por mi casa —me dijo cuando, después de repostar, hubo regresado a su puesto—. Tengo que avisar a mi señora de que estaré fuera esta noche. Yo nunca estuve en una guerra, ¿sabe?, y me da mucho miedo. Mi padre, que combatió con Sandino, siempre me contaba los horrores.

—No se preocupe. Nosotros no vamos a luchar. Usted me deja en la ciudad y luego ya me apaño yo.

—Tengo seis hijos y hace días que no ingreso nada. No vienen turistas. Esto está muy mal. Los precios suben y Somoza ni se entera. Sus hijos no tienen problemas.

—¿Son mayores?

—¿Los de Somoza? Uno está en la academia de West Point estudiando para presidente.

Lo dijo con total normalidad. «Claro —pensé—, estudiando para presidente. La herencia familiar.» El coche, entretanto, se adentró por un camino de tierra hasta un poblado de casas muy modestas que rodeaban una plaza por la que corría un desagüe maloliente. Varias decenas de niños jugaban bulliciosos con pelotas de trapo. Varios de ellos se acercaron al coche gritando: «¡Papá! ¡Papá!».

—Tengo que dejarle algo de dinero a mi señora. Tendrá que adelantarme otro poco —me pidió, extendiendo la mano antes de descender, ya con la puerta entreabierta.

Volví a sacar la cartera y le entregué un billete de veinte dólares. No tenía ningún billete más pequeño. Los veinte restantes se los pagaría en Tegucigalpa.

—Tenga, ya son treinta. Y, por favor, dese un poco de prisa. El tiempo va corriendo.

No respondió. Echó a andar entre los niños, algunos de los cuales se acercaban a él, y entonces él les ponía las manos sobre la cabeza. Acabó entrando en una de las casitas más alejadas de donde había detenido el coche, en el que yo seguía esperando. El asiento delantero era de hule, sin reposabrazos y, a pesar de estar sucio, su amplitud resultaba bastante confortable. Pasaron otros treinta minutos. Ya empezaba a desesperarme cuando lo vi salir de la casa y acercarse al vehículo. Pero, en vez de abrir la puerta del conductor, dio un rodeo y, acodándose en mi ventanilla, me soltó:

—Perdone, señor, parece usted buena persona y quisiera pedirle un favorcito...

«Ya me ha jodido —pensé instintivamente—. Ha trincado treinta euros y ahora va a decirme que no me lleva.»

—Es que, como ya le dije, la guerra me da mucho miedo, y...

—Y ¿qué? —pregunté insolentemente.

—Es que quisiera que me acompañase mi señora, si a usted no le importa.

Entonces estallé:

—Pero... ¡¿cómo que su señora?! ¿Está usted loco? No va a haber ningún peligro, pero su señora...

—Ella no va a molestar nada. Se sentará detrás y no hablará en todo el camino. Yo iré más tranquilo con ella.

—¿Cómo que más tranquilo? No va a pasar nada, pero, si pasase, ¿no sería mejor que sus hijos se quedasen huérfanos solo de padre que de padre y madre? ¡La respuesta es no!

Sin embargo, mi conductor no se dio por vencido, y todavía insistió, suplicante. Advertí que la mujer observaba desde la casa con el mandil recogido entre las manos.

—No insista. ¡No y no!

—Es que la frontera está cerrada —argumentó.

—¿Y su mujer tiene la llave? Mire, no tengo tiempo para perder. Vamos ya.

Se dio la vuelta malhumorado, y yo me quedé imaginando que no me llevaría. Sentía que la ira me trepaba por el pecho hasta la garganta: había perdido el día, el dinero... Miré el cuadro de mandos del coche, observé que había dejado puesta la llave del contacto e, instantáneamente, tomé una decisión: «Pues este hijo de puta —decidí, presa de la ira— me habrá estafado, pero va a tener que ir a recoger el coche por las rodadas a Tegucigalpa».

Pasé al puesto del conductor y empecé a estudiar el manejo de aquel monstruo, cuando menos, dos veces más largo que el mío en España. Ver las llaves puestas me estimuló a seguir intentándolo. El problema surgió cuando me di cuenta de que el cambio automático estaba en el volante. Pero no me arredré: lo puse en marcha y ensayé las velocidades rápidamente, hasta que probé la marcha atrás y me asusté, pues no quería salir disparado con tantos niños jugando alrededor. Tampoco sabía cómo salir de aquel barrio ni la ruta que debía tomar.

Estaba dándole vueltas a estas dudas cuando apareció el conductor. Traía un jersey en el brazo, y justo aprovechó para despedirse —delante de mí y aparatosamente— de la mujer y de alguno de los hijos. Me sorprendió que no llevase equipaje.

—Mi señora se queda muy molesta con usted —me dijo, mientras se acomodaba, en tono de reproche.

—Pues me deja muy preocupado su señora —respondí agriamente.

Empezaba a caer la tarde.

—Tenemos que parar a cenar —se apresuró a advertirme.

—Todavía no es hora. Aún no hemos salido y usted ya quiere parar...

Enseguida el sol se desplomó y se hizo de noche. Entramos en la carretera Panamericana: apenas había tráfico. El hombre conducía en silencio, con la mirada muy fija en el horizonte

que alcanzaban los faros y sin pasar de unos ochenta kilómetros por hora. Cuando llevábamos algo más de una hora de viaje, a eso de las cinco y media, vimos una luz lánguida que parpadeaba a la derecha entre los árboles que festoneaban la ruta.

—Tenemos que parar a cenar. Este es el último lugar que encontraremos.

—Bueno, pero que sea rápido —contesté desabridamente—. No tenemos tiempo que perder.

Bajo unos sombreros, una madre y una hija preparaban la cena para dos hombres que esperaban sentados en el talud de la carretera, pegados a un transistor que ofrecía información acelerada de la guerra que se desarrollaba a menos de doscientos kilómetros. Me acerqué y les pregunté qué noticias había.

—Los guanacos —dijo utilizando el nombre despectivo que la propaganda militar daba a los salvadoreños— les están dando para el pelo, ¡carajo!, a los catrachos. Han entrado en Ocotepeque como por su casa.

Me senté a su lado y me puse a escuchar. Apenas entendía nada de lo que contaban dos locutores que se interrumpían continuamente. De vez en cuando, echaba un vistazo a la mesa de bambú donde el conductor saboreaba, sin ningún apremio ni preocupación aparente, medio pollo regado con cerveza. Pasado un tiempo, me acerqué y le metí prisa de nuevo, y él se levantó con la pretensión de marcharse sin pagar, esperando que yo me adelantase a sacar la cartera. La cocinera me miró de forma interrogante.

—Yo no he cenado. Es él...

El conductor se volvió y me miró con cara de pocos amigos. Yo me encogí de hombros y caminé hacia el coche mientras él sacaba el dinero, lo contaba y lo recontaba ante la mujer, que aguardaba con la mano extendida. «Tenga, cinco córdobas. Más caro que en el mejor restaurante de Managua», le escuché rezongar mientras depositaba, una a una, las monedas.

Los campesinos del transistor me habían dicho que tardaríamos algo más de hora y media hasta la frontera. Me acomodé de nuevo en mi asiento, coloqué como almohada el abrigo y me propuse echar una cabezada. Nuestro coche era el único. La carretera discurría por la selva sin demasiadas curvas y, aunque era estrecha, parecía estar en buen estado. Yo estaba rendido: tardé muy poco en empezar a roncar.

Ignoro durante cuánto tiempo pude disfrutar de aquel sueño profundo que tanto necesitaba. La cuestión es que, en algún momento de la noche, todavía no sé qué instinto —más allá del de supervivencia— me indujo a saltar en el asiento, como impulsado por un resorte. El coche había reducido la velocidad, o ya casi debía de estar parado, cuando vi una barra de hierro venir directa contra mi cabeza. Todo ocurrió en décimas de segundo. Aparté la cara y, con una fuerza que nunca habría creído tener y una rapidez de reflejos que jamás habría imaginado, aparté la barra con toda la rabia, la sujeté también con rabia, conseguí torcer el brazo del conductor y grité como un poseso:

—¡Hijo de puta! ¡Te voy a pegar dos tiros!

El coche, guiado solo por la mano izquierda del hombre, avanzó unos metros culebreando. Las luces, iluminando a un lado y otro, mostraban la espesura de la selva. En todo el viaje no nos habíamos cruzado con nadie. Forcejeé unos instantes con el conductor, que aún mantenía la barra sujeta. Quizás porque se dio cuenta del peligro de estrellarnos, el taxista soltó el hierro y enderezó la marcha, y yo, plantándole cara, enarbolando ya la barra que tenía en mi poder y en el tono más amenazante, le increpé:

—Si vuelves a mirarme, te mato. —Hice ademán de palparme los bolsillos en busca de una pistola que nunca había tenido ni usado y, sin dejar de mover la barra contra su rostro, insistí—: Y al menor movimiento, también, cacho cabrón.

El sujeto no pestañeaba. Conducía sin mirarme.

—Por eso querías, hijo de puta, que nos acompañase tu mujer: para que, sentada ahí atrás, fuese ella la que me sacudiese un golpe en la cabeza... y luego robarme, tirarme a la cuneta y...

Callé unos instantes para respirar y continué:

—Agárrese con las dos manos al volante y no lo suelte. Y no se le ocurra parar, porque lo mato. —Unas veces lo trataba de usted, y otras, de tú—. Si «oncha —utilicé la expresión habitual allí para referirse a un pinchazo—, siga a rastras.

Aquellos fueron los minutos más largos de mi vida. Me temblaba todo el cuerpo. Tenía que hacer un esfuerzo para que el hierro, de unos veinte centímetros, no se me cayese de las manos, que me temblaban sin parar. Sentía que el corazón me oprimía el pecho, y los pensamientos más disparatados me cruzaban por la cabeza. Aquella tensión se estaba volviendo interminable. Cuando empecé a recobrar la serenidad, la incertidumbre sobre el posible desenlace de aquel suceso se apoderó de mí. Pensé en denunciar al hombre a la policía de la frontera, pero al mismo tiempo me asaltaron las dudas de qué haría si, como me parecía lógico, lo detenían y me quedaba allí varado, sin transporte ni para llegar a Tegucigalpa ni para regresar a Managua. Y todo ello sin quitarle ojo al conductor, pendiente de los cambios de velocidad, de los frenazos, de los acelerones y de los saltos de unos amortiguadores desgastados. Cuando se vislumbró la aduana a lo lejos, todas esas dudas que me habían venido torturando se agolparon como un verdadero torbellino en mi mente. Pasaba de la rabia y el deseo de darle un buen merecido a aquel sujeto que había querido matarme a las ganas de echarme a llorar como un niño.

El edificio amarillento y alargado de la aduana de El Espino, en la selva, se alzaba a la izquierda; enfrente, una amplia explanada para el aparcamiento de camiones, completamente

vacía, y, al fondo a la derecha, una barrera bajada, que me recordó de pronto que el acceso estaba cerrado y que, además de todo lo que me preocupaba, tendría que valérmelas para convencer a los policías —a quienes preveía sobornables— de que me dejaran pasar.

Lejos de acercarse al edificio, el conductor detuvo el coche en el centro mal iluminado de la explanada. Sin decir ni una palabra, se apeó, dejó la puerta abierta y se dirigió raudamente hacia el puesto de policía. Viéndolo caminar tan apresurado, me volví a enfrentar a esa incertidumbre que me carcomía. ¿Qué debía hacer? Estaba paralizado. Me daba miedo bajar del coche y que me fallasen las piernas, pues sentía que se me habían quedado sin fuerzas.

Transcurrieron unos minutos y enseguida vi al conductor regresar al vehículo, esta vez acompañado por un grueso policía uniformado que bamboleaba su abultado abdomen con la pistola colgando del cinto. Hablaban y gesticulaban como si fuesen conocidos de antiguo.

—La frontera está cerrada. No se puede pasar —me dijo cuando llegó a la altura del coche.

—Eso ya lo sabíamos. Ahora lo voy a hablar con el señor policía. Déjeme a mí.

—No. Págueme usted los cien dólares que...

No pude contenerme. Intenté aclarar que habíamos pactado cincuenta, que ya era un precio elevado por llevarme hasta Tegucigalpa, que estábamos solo a mitad de camino y que, además, ya le había adelantado treinta dólares. El guardia, que no apartaba la mano de su pistola, escuchaba en silencio. Mi gran sorpresa fue cuando me interrumpió:

—Usted le debe al señor cien dólares. Páguelos y no discuta. Él ha hecho su trabajo.

—¿Y usted cómo lo sabe? Me ha querido matar con este hierro, así que no le debo nada. Venir hasta aquí son veinte

dólares —intenté razonar tratando de contener la indignación.

—Le he dicho que le pague al señor lo que le debe. Mientras no le pague, usted no sale del país.

Entonces perdí el escaso control de los nervios que me quedaba y estallé:

—¿¡Cómo!?! ¿De esta mierda de país me iré cuando me salga de los cojones! ¿Me entiende?

—Usted no estará diciendo que mi país es una mierda...

—Sí, lo estoy diciendo: un país de bandidos.

—Pues queda usted detenido, así que no se mueva. Suelte ese hierro, bájese del coche, levante los brazos y acompáñeme al puesto de guardia.

—Tendrá que arrastrarme —respondí, cada vez más fuera de mis casillas.

Y tomé una decisión. Miré la barrera bajada al fondo, descendí del coche, cogí la maleta, la máquina de escribir y el abrigo (que, bajo aquel calor sofocante, agobiaba con solo mirarlo), y eché a andar.

—No se mueva. No dé un paso más —escuché que me gritaba el guardia. Acerté a verlo de reojo con la pistola en la mano.

Aunque me costaba sostenerme en pie, seguí caminando. Intenté no correr, evitando dar la imagen de que estaba huyendo, pues era consciente de que el policía tenía la intención de disparar. Y, si lo hacía, sabía que me mataría. Pero yo ya no estaba en mis cabales. Casi que esperaba que aquello ocurriera, y, sorprendentemente, no me importaba.

—¡Alto! —me gritó dos veces sin moverse—. ¡Un paso más y disparo!

A su lado, el conductor seguía contemplando la escena, apoyado en el capó. Seguí andando con la mirada fija en la barrera, esperando que en cualquier instante me disparase. Me

pregunté si con aquella pistola podría alcanzarme, y creo que estaba tan fuera de mí que ya me daba igual. Continuaba oyéndole gritar que me detuviera, pero en aquel momento no escuchaba. La maleta pesaba; aun así, no me atrevía a cambiarla de mano. Cuando me fui acercando a la barrera, montada para controlar la entrada y salida de vehículos, observé que a la izquierda había un sendero hundido de tierra para el paso de peatones. Y, entonces, pensé: «Ahora me va a disparar. Está esperando para matarme con la justificación de que estoy cruzando clandestinamente». Con los últimos pasos hasta la barrera, contaba mentalmente los segundos que —estaba vencido— me quedaban de vida.

Creo que la barrera estaba sobre un puente, aunque no lo recuerdo bien. Me latían las sienes y notaba que el asa de la maleta se me clavaba en las manos. Sin embargo, no me atrevía a pararme ni siquiera a mirar hacia atrás. Contaba los segundos, e intuía a aquellos dos delincuentes tramando algo. El guardia ya no gritaba, o al menos yo ya no lo oía. El pasadizo contiguo a la barrera era estrecho, y las ramas de algún árbol obligaban a agacharse para sortearlas. Como si saliese de un sueño —aunque mejor diría de una pesadilla—, el ruido siempre tenebroso de la selva me envolvía en la más absoluta irrealidad.

Estaba tan oscuro como la boca de un lobo. La carretera seguía cuesta arriba y, unos metros más adelante, hacía una curva hacia la derecha. Primero de soslayo, poco a poco, con el miedo convirtiéndome en autómatas, fui volviendo la mirada hacia atrás: las luces de la explanada habían desaparecido, tapadas por la espesura. Dejé la maleta y la máquina de escribir en el suelo e instintivamente me palpé la cintura: no me habían disparado, no estaba herido. Y, mejor aún, salvo que estuviesen emboscados tras el recodo, ya no me dispararían. No podrían apuntarme.

Había pasado el peligro, pero empezaba a adquirir conciencia de mi soledad. No sabía dónde me encontraba. Me flaqueaban las piernas. Sentía calambres en los brazos. Solo tenía una cosa clara: no podía quedarme allí plantado. Volví a cargar los enseres —nunca me expliqué por qué no los había tirado a la cuneta— y eché a andar. Abstraído completamente entre recuerdos estremecedores y dudas cada vez más inquietantes, unos gritos ininteligibles me impulsaron a dejar caer al suelo cuanto llevaba y a contemplar sin dar crédito a unos cuantos hombres que salían de entre los árboles y que gritaban, me rodeaban, me zarandeaban, me empujaban a culatazos... Inicialmente creí que eran guardias nicaragüenses que me habían tendido una celada; después, que se trataba de bandoleros que me estaban asaltando.

Eran negros, hablaban entre ellos un lenguaje que yo, tan ofuscado como estaba, no conseguía entender, y vestían ropas de camuflaje. Cada uno se adueñó de alguna de mis pertenencias y, a empellones, bien sujeto por los codos y la presión de una metralleta en la cintura, caminamos un buen trecho. Se oyeron voces a lo lejos. Empezaba a recobrar la conciencia y a entender. Alguien preguntaba qué pasaba, y tres de los que me rodeaban gritaron al tiempo:

—Un espía. Intentaba infiltrarse.

Tardé en percatarme de que estaba rodeado de militares hondureños: había entrado en zona de guerra. En medio de aquel agobio, llegamos a la aduana. Las luces estaban apagadas, por lo que me costó descubrir que los que me habían detenido no eran negros, sino que iban pintados con betún de camuflaje. Algunos me sacudían como si pretendiesen que desprendiera manzanas por las mangas. Mientras, yo intentaba explicarles que no era un espía, que era un periodista. Todos querían tocarme, como si dudasen de que fuese de carne y hueso, buscando algún arma oculta entre mi ropa. En mitad del tumulto,

apareció un oficial a medio vestir. Los que me rodeaban forcejeaban entre sí para apuntarse el tanto de haberme descubierto y detenido, y él les pidió calma, silencio, les ordenó que me soltasen y se separasen de mí, y se apostó a escucharme.

Le entregué el pasaporte y la credencial de periodista. Siguió mi relato con atención y me preguntó cómo había logrado cruzar la frontera estando cerrada. Le dije que el guardia nicaragüense me había dejado pasar, insinuando que lo había sobornado, y me callé las dramáticas peripecias que había vivido aquella noche. Cuando parecía haberlo convencido, me echó un jarro de agua fría que, a pesar del calor, me dejó tiritando:

—La frontera está cerrada. La han cerrado los nicaragüenses por su lado, y nosotros hemos prohibido la entrada de extranjeros. No puede seguir. Lo acompañarán hasta la barrera, pero tiene que regresar. Por lo menos, eso es mejor que dejarlo detenido.

Toda mi piel se erizó. Ignoro lo que respondí, pero estoy seguro de que en ese momento cualquier cosa me hubiera parecido mejor que volver a vérmelas con aquel energúmeno. El oficial hondureño era una persona razonable y me escuchó con atención. De pronto, alguna idea se le cruzó por la mente, porque se dio la vuelta y entró en la oficina. Por unos instantes, pensé que me estaba facilitando la huida: que echase a correr y me buscase la vida. Pero no me dejó mucho tiempo para darle vueltas a esa tentación que empezaba a obsesionarme. Regresó con un manual de frontera en la mano; lo ojeó y llamó a otro funcionario que, hasta ese momento, se había limitado a escuchar y callar.

—Usted es español, ¿verdad? —me preguntó, a pesar de que yo ya lo había aclarado varias veces y de estar sujetando mi pasaporte con las manos.

Dirigiéndose al funcionario silencioso que hasta entonces se había limitado a presenciar la escena, escuché que le decía:

—Es que, siendo español...

El otro leyó la página del manual de frontera que el oficial le mostraba y asintió. El oficial cerró el cuaderno y se acercó a mí:

—Es que hemos estado mirando, y sí: usted puede entrar. Está prohibido que entren extranjeros, pero con España tenemos un convenio de doble nacionalidad. Por lo tanto, usted sí puede entrar, y tiene los mismos derechos que nosotros.

Me tendió la mano.

—Así que bienvenido a Honduras. Esta es su patria: aquí estará como en España. Lo único que nunca podrá ser es presidente de la república, para lo que es preceptivo haber nacido en el país, pero, hasta ministro, cualquier cosa. Igual que nosotros en España, claro.

Asentí simulando un absoluto conocimiento de aquellos derechos que, he de reconocer, ignoraba. Y le pregunté cómo podría llegar a Tegucigalpa.

—¿Hay algún pueblo cerca? ¿Se puede buscar un taxi?

Dijo que sí con la cabeza y le hizo una seña a uno de los soldados que permanecían cerca.

—Llama a mi hermano.

El hermano del oficial tenía una furgoneta de carga aparcada detrás.

—Tienes que llevar a este señor, que es español, a Tegucigalpa.

El hermano asintió. Le pregunté cuánto me cobraría. Hizo cálculos mentalmente y me respondió:

—Lo llevaré por doce lempiras— era el equivalente a unos seis dólares.

—Está bien. ¿Podemos salir ya?

—No, no —intervino el oficial—. Hay toque de queda y el del control próximo lo conocemos, pero los siguientes, no. Hasta las seis no podrán salir.

—Faltan muchas horas. ¿Podré descansar ahí dentro? Estoy muy cansado. Ha sido un viaje muy largo.

—¿Quiere ir a un hotel? —preguntó extrañado.

—¿Hay hoteles por aquí cerca?

—Bueno, no son hoteles como los de España o San Pedro Sula, pero para descansar un rato...

Intercambió impresiones con su hermano. Escuché el nombre de Gran Hotel.

—No —respondió el oficial—. Mejor en La Sapa, que es una casa de piedra. Llévalo de mi parte y dile a La Sapa que le dé el mejor cuarto que tenga.

Me consultó con la vista si me parecía bien, a lo que asentí sin vacilar. Los soldados se apresuraron a cargar en la furgoneta el equipaje que venía arrastrando. Dos de ellos subieron detrás y me invitaron a montar al lado del conductor. El vehículo sorteó un camino de piedras que serpenteaba entre los árboles cuesta arriba hasta que divisamos un poblado de casas muy humildes. A la entrada, el conductor detuvo la furgoneta al lado de una construcción que sobresalía sobre las demás. Saltó raudo y, con la culata del subfusil que llevaba en bandolera, golpeó la puerta violentamente. Le escuché gritar:

—¡Abre, que tienes que alojar a un español! Y me ha dicho mi hermano que le des la mejor habitación. ¡Ahora mismo!

Pasado un buen rato, después de golpear varias veces más, se abrió la puerta y, a la luz de un quinqué que portaba en la mano, pude distinguir a un hombrecillo jorobado que apenas levantaba un metro del suelo. El conductor le hablaba despóticamente, y él lo aceptaba sin decir palabra.

—Y a las seis en punto lo despiertas, que vendré yo a buscarlo para llevarlo a Tegucigalpa.

La Sapa me guio con el quinqué por el interior de la vivienda. En el pasillo, había una zanja abierta contra la que es-

tuve a punto de darme de bruces. El cuarto tenía un camastro con una mesilla al lado y un ventanuco triangular en lo alto. La Sapa casi no me había hablado hasta ese momento. Mientras yo observaba el «confort» que me aguardaba, él se respaldó contra el marco de la puerta y, con voz tiritante, me preguntó:

—¿Ha visto a los muertos? Los bajaron aquí por delante. Eran muchos. ¿Tampoco oyó los tiros? Hace un rato que no se escuchan. Pararon al oscurecer...

De vez en cuando, interrumpía el relato y dejaba exclamar el terror que sentía:

—¡Urrrrrrrrr!

Temblaba: era evidente que tenía miedo. Yo miraba aquel camastro casi a ras del suelo donde tenía que tumbarme y ni siquiera el cansancio conseguía vencer el asco y el rechazo que me producía. Mientras, La Sapa respiraba hondo, agitaba los brazos; pero no se marchaba.

—Váyase a descansar, hombre. Es muy tarde. Estará cansado.

—¡Urrrrrrrrr! —repetía—. Mataron a mucha gente. Han sido los salvadoreños. —Había momentos en los que el hombre salía de su ensimismamiento e intentaba lo que yo menos deseaba: entablar una conversación—. ¿Usted viene de muy lejos?

—De España. Lejos, sí.

—¿Y cómo vino? —Tendió una mano simulando el vuelo de un avión.

Antes de irse a descansar, me ofreció algo para comer. Yo sentía todas las sensaciones menos la de hambre. Sin embargo, acepté, y me trajo un sándwich del que asomaba una salsa roja, color sangre, que con solo verlo me produjo arcadas, y una botella de cerveza tan caliente que lo único que le faltaba era echar humo. Cuando por fin me quedé solo, coloqué el

invernal e inoportuno abrigo que me acompañaba sobre el camastro y me tumbé encima mirando al techo, con la mente perdida en los recuerdos recientes, que se atropellaban entre mis neuronas y las preocupaciones por lo que aún me esperaba. Y así seguí un buen rato, hasta que me sentí agobiado en los poros de mi piel por la invasión de mosquitos que, como si se tratase de un torrente de agua, descendían desde el ventanuco hasta la luz que los atraía del quinqué colocado en el suelo. Su lucecita era tan tenue que me había olvidado de apagarlo. Lo agarré con las dos manos para evitar quemarme e intenté encontrar la forma de apagarlo. Al no lograrlo, soplé con fuerza desde arriba, pero, lejos de extinguirse, la llama se estimuló y casi me chamusca las pestañas. Estaba tan azorado que aún tardé un poco en hacer el descubrimiento de mi vida: bastaba con ponerle la mano encima por un instante.

A las seis en punto, La Sapa —que, probablemente, tampoco habría conseguido pegar ojo— llamó a la puerta y me dijo en su tono asustado:

—Ya lo están esperando. Pero tenga cuidado, que hace poco han vuelto a escucharse tiros. Siguen por ahí.

Fuera estaba el conductor con los dos acompañantes.

—¿Qué tal ha dormido? —me preguntó a modo de saludo.

—Muy bien, muy bien. ¿Nos vamos?

—Tenemos que resolver antes un problema. Con la guerra, han racionado la nafta y tenemos que ir a repostar a Nicaragua. Será cosa de media hora.

—Bueno —me resigné.

—El problema es que en Nicaragua es más cara. Tendría que cobrárselo.

—¿Y cuánto va a ser?

—Pues... quince lempiras. Mejor dicho, dieciséis, porque...

—Vale. No discutamos. Cuanto antes.

—Súbase, venga con nosotros. Así luego ya salimos directos...

—¿A Nicaragua? —pregunté sobresaltado—. No, vayan ustedes. Yo los espero aquí conversando con mi amigo, La Sapa.